



Azulejos
Niños

FRANCO VACCARINI

La mecedora del fantasma

Y otros misterios sin resolver



Desde 1869

Estrada
apoyando la educación



FRANCO VACCARINI

La mecedora del fantasma

Y otros misterios sin resolver

ILUSTRACIONES DE JUAN DELEAU

Esta obra fue realizada por el equipo de Editorial Estrada S. A. bajo la **coordinación general** de Pedro Saccaggio.

Director de colección: Alejandro Palermo.

Edición y actividades: Alejandro Palermo.

Corrección: Mariano Sanz.

Realización gráfica: Olga Lagleyze.

Documentación gráfica: María Alejandra Rossi.

Jefe del Departamento de Diseño: Rodrigo R. Carreras.

Gerente de Prensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez.

Franco Vaccarini

La mecadora del fantasma : y otros misterios sin resolver / Franco Vaccarini ; dirigido por Alejandro Palermo. - 1a ed. 6a reimp. - Boulogne : Estrada, 2015.

80 p. : il. ; 19x14 cm. - (Azulejos niños; 32)

ISBN 978-950-01-1041-9

1. Material Auxiliar de Enseñanza. I. Palermo, Alejandro, dir. II. Título
CDD 371.33



Colección Azulejos - Niños **32**

© Editorial Estrada S. A., 2007.

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-1041-9

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Índice

Preguntas y respuestas	4
Misterios sin resolver	5
El autor	6
La mecedora del fantasma	7
La tumba del monstruo	15
La agenda de los muertos	25
El museo de títeres	33
Que nadie me despierte	39
La bruja que todavía no comió	45
El puente de la mujer sin cabeza	53
Una sombra como yo	61
Actividades	
Para comprender la lectura	72
Para escribir	74
Para integrar	76

Preguntas y respuestas

Los misterios son asuntos muy difíciles de explicar. Por eso desafían la imaginación de la humanidad desde el comienzo de los tiempos.

Muchos de los conocimientos científicos con que contamos actualmente fueron tomando forma, a lo largo de los siglos, como respuestas a las innumerables preguntas que las personas se plantean al observar la naturaleza... por ejemplo: ¿por qué la Luna gira en torno de la Tierra? ¿quién lanza los rayos que caen durante una tormenta? ¿qué clase de “magia” provoca que los objetos de hierro sean atraídos por un imán? ¿por qué nos enfermamos?

En la literatura y en el cine, las historias de misterio ponen a funcionar nuestra imaginación con un acertijo que no se resuelve hasta el final del relato. En muchas de esas historias, acompañamos al detective a lo largo de sus investigaciones, hasta que logra hacer encajar las piezas del rompecabezas y el enigma queda resuelto.

Misterios sin resolver

Pero hay otro tipo de misterios: aquellos que aún no han sido resueltos. Esos que, justamente porque no podemos comprenderlos, a veces nos provocan miedo.

Brujas, monstruos, muñecos que actúan como personas, fantasmas... Seguro que todos estos seres viven nada más que en la fantasía. Pero, a veces, sucede algo que nos hace vacilar: ¿la puerta se habrá cerrado con el viento, o la movió alguna mano invisible? ¿esas sombras que se agitan serán las ramas de los árboles, o algún enviado de otro mundo, que anda entre ellas?

Los cuentos que van a leer hablan sobre este tipo de misterios. Son cuentos de miedo y, por eso, nos dejan siempre con una inquietud y una sospecha. Pero, a pesar de que pueden asustarnos un poco, estas historias también nos tranquilizan y nos divierten, porque sabemos que les pasaron a otros... y porque nos ayudan a imaginar que nosotros también seremos capaces de enfrentar algún misterio inexplicable, si algún día se presenta la oportunidad.

El autor



Franco Vaccarini nació en Lincoln, en 1963, y luego se mudó a Chacabuco, ambas ciudades bonaerenses. Desde los veinte años, vive en Buenos Aires, donde asistió a diversos talleres literarios y estudió periodismo. Actualmente es subdirector de la revista *Mil mamuts*, dedicada al cuento latinoamericano.

Publicó el libro de cuentos breves *No temas cuando la visita te salude* (1990) y dos volúmenes de poesía: *El culto de los puentes* (1998) y *La cura* (1998).

Entre sus obras dedicadas al público juvenil, se destacan *Ganas de tener miedo* (cuento, 2001), *El hombre que barría la estación* (cuento, 2003), *Los ojos de la iguana* (novela, 2004), *Eneas, el último troyano* (novela basada en la *Eneida*, de Virgilio, 2006) y *Odisea* (versión novelada del poema homérico, 2006).

También publicó los relatos míticos “La leyenda del rey Arturo” y “El oro de los Nibelungos”, incluidos en el volumen *Héroes medievales* (2005), y “El maestro del terror” (cuento, 2005), para la antología *Patagonia, tres viajes al misterio*.

LA MECEDORA DEL FANTASMA



A muchas personas les encanta recuperar las cosas que otros desechan. Suelen ser coleccionistas por vocación, o simples artesanos que reciclan muebles porque aman los objetos ennoblecidos por el paso del tiempo.

Pero hay quienes dicen que, además de las marcas del tiempo, los muebles antiguos guardan las huellas de sus anteriores dueños. Ese es el origen de muchas historias de fantasmas. ¿Qué sucede con aquellos seres que, después de morir, siguen reclamando algo que les perteneció en este mundo?

En la casa de Julio nadie se preocupaba por estas cuestiones... hasta que ocurrió algo inesperado.

LA MECEDORA DEL FANTASMA

Era la tarde de un día feriado, y las calles estaban vacías. Mi padre regresó con el diario bajo el brazo, muy entusiasmado.

—Julio —me dijo—, ¡hay algo grande allí afuera! ¡Ayúdame a traerlo!

—¿Qué cosa es? —le pregunté, acostumbrado a su manía de recoger los muebles antiguos que la gente desechaba.

Pero él ya estaba corriendo nuevamente hacia la calle. Lo seguí.

En la esquina, donde los vecinos dejaban todo tipo de bártulos¹ para que se los llevara el basurero, había una vieja mecedora de mimbre. Mi padre se sentó sobre ella y comenzó a hamacarse, feliz de la vida.

—Está sucia, ¡pero es hermosa! —exclamó—. ¿Querés probarla, Julio?

¹ Utensilios y muebles que se usan en una casa.

Temeroso de hacer el ridículo ante mi amiga Carla, que vivía enfrente, me apuré a ayudarlo. ¡Había que ver el gesto triunfante de papá entrando a casa con ese trasto²!

Para decir la verdad, papá no estaba tan equivocado. Después de una meticulosa³ limpieza, el mimbre había recuperado su color cobrizo y la mecedora se veía casi perfecta.

— ¿No está demasiado nueva como para que la hayan tirado? La gente no aprecia lo que tiene — comentó papá.

De inmediato, la mecedora ocupó un lugar en la sala. Papá se dispuso a inaugurarla, diario en mano. A pesar de las quejas de mamá, que consideraba que la casa ya tenía demasiados muebles, la mecedora había llegado para quedarse...

• • •

Esa noche, mientras yo dormía profundamente, un ruido inconfundible me despertó: los cruji- dos — ¿o debería decir quejidos? — del mimbre.

² Mueble viejo y estropeado.

³ Muy cuidadosa.

Salí de mi cuarto para ver qué pasaba.

En la sala, apenas visible en medio de la oscuridad, un hombre se hamacaba con evidente impaciencia en la mecedora. Imaginé la situación: papá y mamá habrían discutido como otras veces y él había decidido pasar la noche en su



nuevo juguete, rumiando⁴ sobre el asunto. Me acerqué para protestar por mi sueño perdido, pero algo me dejó paralizado: papá también estaba entrando en la sala. Lo oí exclamar, dirigiéndose a la sombra que ocupaba la mecedora:

— ¿Quién es usted? ¿Qué hace en nuestra casa?

— Yo hago las preguntas — respondió el desconocido, con una voz débil y amortiguada⁵, como si tuviera un silenciador o un trapo en la boca.

Entonces vi su cara: pálida y... terriblemente desmejorada. ¡Era un fantasma, no había dudas!

— ¡Es mía, señor! — dijo el fantasma, un poco más fuerte —. ¡Esta mecedora es mía! ¡Abra la puerta!

Los cuadros de la pared empezaron a estremerse.

— Abra la puerta — repitió —, o... ¡su hijo sufrirá las consecuencias!

En ese momento, un pesado cortaplumas se elevó desde el escritorio y pasó volando a toda velocidad, muy cerca de mi cabeza. Papá, obediente, fue a buscar las llaves, mientras rogaba:

⁴ Reflexionando con detenimiento.

⁵ Apagada.

— ¡Mi hijo no, por favor! ¡Enseguida le abro!
Del susto, el llavero se le cayó al piso. Lo levantó.

Abrió la puerta, mudo.

En cuestión de segundos, el extraño y la mecedora se habían ido de la casa. Papá, acongojado, me pidió disculpas:

— Mirá qué situación más fea te hice vivir, Julito, perdoname.

Le dije que sí, que lo perdonaba. Total, mamá se iba a ocupar de que se hiciera justicia: ya estaba con nosotros, medio dormida, envuelta en su bata y pidiendo explicaciones por el barullo.

Y así fue. Puesta al tanto de lo sucedido, mamá se puso más enojada que el fantasma. Y papá no tuvo más remedio que seguir pidiendo perdón hasta el amanecer.

• • •

Hay que decir que, desde entonces, papá perdió todo interés por los muebles antiguos... al menos hasta este preciso momento, en que entra de la calle y me pregunta:

— Julio, ¿estás muy ocupado?